

## CARTA PASTORAL LLAMADOS A LA CONVERSIÓN Y A LA SANTIDAD

Muy queridos hermanos y hermanas en nuestro Señor Jesucristo,

Al comenzar mi octavo año como el Arzobispo de Filadelfia, estoy lleno de una profunda gratitud a Dios Omnipotente por las innumerables bendiciones que ha conferido a nuestra Iglesia local. Estas bendiciones me son diariamente evidentes y encuentran su expresión en todos ustedes: los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, y laicos de nuestra Arquidiócesis.

Tengo presente las palabras del Evangelio según San Juan, que sirven también como mi lema episcopal—*Verbum caro factum est—la Palabra se hizo Carne* (Juan 1,14). El Hijo de Dios tomó nuestra carne, nuestra humanidad como la suya, para que pudiéramos compartir en su divinidad. Ésta es la gran llamada del cristiano: ser unido a Jesucristo y compartir en su misión. Es una llamada que encuentra expresión en cada tiempo y lugar, incluyendo el nuestro. Es la llamada a la conversión y a la santidad.

Como el Arzobispo de Filadelfia, les escribo ahora para informarles de las iniciativas pastorales que están en marcha en nuestra Arquidiócesis, las cuales encuentran sus ímpetus en la llamada a la conversión y a la santidad. También, quisiera confirmar mis prioridades como el Pastor de esta Iglesia local para asegurar que somos fieles a la misión que nos ha sido confiada por Jesucristo.

La llamada a la conversión y a la santidad se halla en el centro de la historia de nuestra gran Arquidiócesis. Hace solamente dos años celebramos el Bicentenario de nuestra Iglesia local. Haciéndolo así se nos presentó la oportunidad de reflexionar sobre nuestra rica herencia. Nos recordaron la fidelidad de tantos sacerdotes, religiosos, y fieles laicos que habían aceptado como suya la misión de nuestro Señor Jesucristo. Diariamente se nos recuerda de esta historia en maneras incontables: por las numerosas parroquias que construyeron y sirvieron; por la educación católica, sobre todo en nuestro sistema escolar de enseñanza primaria y secundaria; por el papel supremamente providencial desempeñado por el Seminario San Carlos Borroméo; y por la inmensa obra de caridad realizada entre nosotros por las instituciones, agencias, y programas de los Servicios Católicos Humanos (*Catholic Human Services*).

Nuestro año Bicentenario fue un tiempo lleno de gracia para la Arquidiócesis. El mismo acto de celebrar historia no le deja a nadie una simple nostalgia, sin embargo la necesidad, pone también en claro relieve los desafíos y las bendiciones del presente momento y la importancia de mirar hacia «un futuro lleno de esperanza» (Jeremías 29, 11), para que nuestra propia fe pueda ser celebrada continua y fructuosamente para la presente y cada nueva generación que vendrá.

De hecho, la fidelidad de las generaciones antecedentes no nos hace satisfechos en nuestra fe, sino que nos obliga a comprometernos otra vez a esa fe y a reconocer nuestro propio lugar en la historia. Por lo tanto, la llamada a la conversión y a la santidad asume una urgencia para que continuemos viviendo esta rica herencia transmitiéndola activamente. Nuestra parte en la misión de Cristo, entonces, es un perfecto recibir, vivir, y transmitir la fe que nos ha sido dada.

Aunque la llamada a la conversión y a la santidad es universal y forma parte del tejido de cada tiempo y lugar, cada generación está enfrentada a desafíos particulares a su propio tiempo. Hoy día soy intensamente consciente de los desafíos enfrentados por nuestra gente viviendo su fe. También, tengo plena conciencia de los desafíos que enfrenta la institución de la Iglesia, desafíos que enfrentan nuestras parroquias, nuestras escuelas católicas, nuestros servicios de caridad y tantas otras entidades de la Iglesia.

Algunos de estos desafíos son perennes y han confrontado a la Iglesia y a sus miembros en cada edad. Algunos son únicos a nuestros días. Sin embargo, se nos recuerda que «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13,8).

### **Superprioridades de la Arquidiócesis**

La base de todos nuestros esfuerzos desde la fundación de nuestra Arquidiócesis hasta hoy día es nuestra fidelidad a Jesucristo y su Iglesia. Es una fidelidad que se expresa en apartarnos del pecado y volvernos hacia Cristo. Es una fidelidad enraizada en los sacramentos y es una fidelidad que nos une como miembros del Cuerpo de Cristo.

Durante el año Bicentenario, mencioné algunas «superprioridades» respecto a la Arquidiócesis para que juntos, pudiéramos ser aún más efectivos en avanzar la misión de Cristo. Quisiera ahora reafirmar mi compromiso a estas superprioridades y enfatizarlas como el modo de cumplir con nuestro compromiso a la conversión y a la santidad. Estas superprioridades nos sostendrán en todos nuestros esfuerzos y nos animarán a ser fieles en llevar a cabo la misión de Cristo.

**La Santa Eucaristía** – En primer lugar, renuevo mi llamada para una aún más digna y ferviente celebración de la Santa Eucaristía, sobre todo los domingos. Además, procediendo desde nuestra celebración de la Misa, el don perdurable de Jesús en la Eucaristía nos llama a profundizar nuestro amor y devoción al Santísimo Sacramento por la adoración eucarística. La misión de Cristo se perfeccionó en la Cruz, y así, es por medio de su sacrificio que somos lo más íntimamente unidos con él y nos juntamos en su misión de amor salvífico.

**El Sacramento de la Confesión** – Si queremos experimentar la plenitud de unión con Jesús en la Eucaristía, debemos tener corazones generosamente enamorados de él. Por lo tanto, renuevo mi llamada a todos nosotros a que seamos un pueblo de conversión, especialmente por medio de la más frecuente celebración y participación en el sacramento de la Confesión. Por medio de este sacramento, recibimos en Cristo el Divino Médico el perdón de nuestros pecados. Sin embargo, la gloria de este sacramento se queda no solamente en el perdón de nuestros pecados sino también en el don de la gracia santificante que nos limpia y nos hace dispuestos para las gracias particulares que son necesarias para resistir la tentación y permanecer fieles y santos en nuestras vidas diarias.

**La necesidad especial para las vocaciones sacerdotales en la Arquidiócesis de Filadelfia**—Los sacramentos de la Eucaristía y la Confesión no existen sin el ministerio del sacerdote. Por medio del ministerio de los sacerdotes, Cristo pastorea su Iglesia y hace efectivo su amor misericordioso en nuestras vidas. Y así, renuevo mi llamada de rezar por las vocaciones al sacerdocio y animarlas, para que muchísimos más jóvenes respondan a la invitación de Cristo de servir a su pueblo en la Iglesia de Filadelfia.

La digna y ferviente celebración de la Santa Eucaristía; la más frecuente recepción del sacramento de la Confesión; el ofrecimiento diario de oraciones para un aumento de vocaciones sacerdotales —éstas son las superprioridades que deben guiarnos mientras buscamos seguir la llamada a la conversión y a la santidad. Deben también ser la base respecto a otras iniciativas evangelizadoras y santificantes mientras apoyamos la vocación del matrimonio cristiano y mientras promovemos vocaciones a la vida consagrada y animamos a todos los llamados a una dedicada vida sólo de servicio.

Fortalecidos por la Eucaristía, por la gracia de la Confesión, y animados por la presencia de Cristo entre nosotros por medio del ministerio del sacerdote, nuestra fe católica tendrá aún más profundas raíces en nuestras vidas diarias.

### **Evangelización**

Estando enterados de las riquezas de nuestra fe, llegaremos a ser un pueblo más comprometido a la evangelización, compartiendo el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo con otros por nuestro testimonio y caridad, sobre todo con los pobres, con los marginados y con todos los que, por una razón u otra, han dejado de practicar su fe católica. Nos esforzamos por educar a nuestros hijos en las verdades de nuestra fe católica por medio de las escuelas católicas y los programas parroquiales de educación religiosa que forman a toda la persona, mente, cuerpo y alma. Reconoceremos que nuestra formación en la fe no está limitada a nuestros jóvenes ni a la preparación sacramental, sino que la profundización de nuestro conocimiento de la fe es un programa para adultos por toda la vida. Y mientras reconocemos la plenitud de unidad a la cual nos llaman la conversión y la santidad, nos daremos cuenta de que nuestros esfuerzos apostólicos, sobre todo en nuestras parroquias, deben servir a todas las comunidades étnicas que hacen sus casas entre nosotros. Debemos ser particularmente atentos a nuestros inmigrantes recientes, incluyendo al gran número de asiáticos y africanos, y al grupo más numeroso, los hispanos. Además, siempre debe haber un cuidado especial en nuestras parroquias por las personas con discapacidades, por los enfermos, y por los que sufren y que están en pena.

Si todas éstas tienen que ser prioridades, pues la llamada a la conversión y a la santidad nos obligará también a que investiguemos nuestros recursos y los fines a los cuales están dedicados.

### **Administración financiera**

Dentro de poco, nuestra Campaña Capital, *Herencia de Fe – Visión de Esperanza* se está terminando. Esta campaña ha sido una extraordinaria tarea diseñada para enfrentar los desafíos particulares respecto a la Iglesia en este tiempo histórico. Reconociendo la herencia de nuestra fe y las obras vitales de la Iglesia, nuestra gente ha respondido generosamente a la campaña. Tal generosidad sacrificial está enraizada en nuestra identidad cristiana por la cual las bendiciones que hemos recibido son compartidas generosamente con la comunidad entera de la Iglesia.

Estoy agradecido a todos los que han compartido sus recursos tan generosamente y que colaboran en la misión de la Iglesia de esta manera tan importante. Animo a todos los files de la Arquidiócesis a que continúen siendo buenos administradores y a que apoyen las vitales obras pastorales que la Arquidiócesis hace diariamente.

Como respuesta a la buena administración de nuestra gente, la Arquidiócesis promete la cuidadosa y responsable administración de esta generosidad, y renovada atenta administración de todos sus recursos financieros y materiales. Nuestros recursos deben utilizarse eficiente y efectivamente en apoyo de la misión esencial de la Iglesia de ayudar a su pueblo a que ponga atención a la llamada a la conversión y a la santidad.

### **Planificación estratégica para la educación**

Una de las mayores riquezas de la Arquidiócesis de Filadelfia es la educación católica, sobre todo en nuestras escuelas primarias y secundarias y en nuestros varios programas parroquiales de educación religiosa. Las escuelas y los programas forman una parte de la rica herencia de nuestra Iglesia local, que durante muchos años ha educado a innumerables jóvenes en las verdades de nuestra fe católica. Tal formación provee la fundación de una vida de virtud para ser discípulo comprometido. Expreso mi profunda gratitud a todos nuestros generosos educadores católicos que enseñaban durante muchos años y al mismo tiempo reconozco la contribución sobresaliente de nuestros religiosos hombres y mujeres.

Nuestras escuelas y programas de educación religiosa también sirven para evangelizar a nuestras comunidades comunicándoles el Evangelio, tanto a niños como a familias, y dándoles la bienvenida al entrar en la Iglesia. La Iglesia se fortalece a sí misma por tal alcance y cada comunidad local se vivifica, dándoles la bienvenida a nuevos miembros en la parroquia.

Sin embargo, si nuestras escuelas y los programas de educación religiosa en la parroquias tienen que ser más efectivos, es esencial que verdaderamente sirvan al fin por el cual existen. Las realidades de los cambios demográficos, una disminución de matrículas en algunas escuelas, y el más alto costo de proveer una educación de calidad están forzando grandemente al límite de algunas de nuestras escuelas y programas de educación religiosa. Debemos, por consiguiente, examinar todas nuestras escuelas y todos los programas de educación religiosa para asegurar que son efectivos en cumplir su misión, y que la educación religiosa de nuestra juventud permanezca la prioridad en su operación y mantenimiento.

He pedido que la Oficina de Educación Católica emprenda un estudio comprensivo de nuestras escuelas primarias y secundarias, tanto como de los programas de educación religiosa y que recomiende un plan efectivo para responder a los desafíos que nos enfrentan en este componente críticamente importante de nuestra misión. La Oficina de Educación Católica será guiada en esta tarea por los servicios de una comisión especial (*Blue Ribbon Commission*), cuyos miembros estaré anunciando. La comisión será compuesta de varios expertos que nos ayudarán a desarrollar nuestro plan para realinear y fortalecer la educación católica en la Arquidiócesis. Se espera tener las recomendaciones de la comisión para el otoño del año 2011. Mientras estén pendientes esas recomendaciones, los asuntos relacionados con las escuelas que exigen más atención inmediata continuarán siendo abordados.

No habrá una sola solución a los desafíos que nos enfrentan dado que las necesidades y dificultades de cada comunidad tienen que ser evaluadas. Sin embargo este esfuerzo será guiado por el único fin de formar y educar a toda nuestra juventud en la fe católica.

### **Iniciativas de planificación para la estructura de las Oficinas arquidiocesanas**

Como el Arzobispo de Filadelfia, recibo mucha ayuda de la Curia arquidiocesana. Estas oficinas me apoyan en el gobierno de la Arquidiócesis y proveen un servicio inestimable para toda nuestra gente. Para que puedan ser aún más efectivas en su trabajo y alineadas conformemente con las prioridades de la Arquidiócesis las cuales se encuentran delineadas en esta carta, les he dirigido a los obispos auxiliares que colaboren en desarrollar un plan realista para reestructurar las Oficinas arquidiocesanas para que puedan proveer mejores servicios a nuestras parroquias y otras instituciones. Este plan tiene que efectuarse en julio del año 2011, al comenzar el próximo año fiscal. Espero que por medio de esta reorganización reduzcamos cualquier duplicidad de actividades y burocracia innecesaria en nuestra estructura y ayude mos asegurar que las oficinas arquidiocesanas sean más eficientes, efectivas, y sensibles.

### **Las parroquias y nuestros sacerdotes**

Si tenemos que responder a la llamada a la conversión y la santidad y si también tenemos que llevar a cabo nuestras superprioridades y las otras prioridades que proceden desde ellas, pues nuestra cuidadosa atención debe también enfocarse en el corazón de nuestra Arquidiócesis, es decir, en nuestras parroquias. Es en la parroquia que somos configurados a Cristo por el sacramento del Bautismo y así, dados una participación en su divinidad. Es en la parroquia que nuestros pecados son perdonados por el sacramento de la Confesión y recibimos la efusión del Espíritu Santo en el sacramento de la Confirmación, y que se nos proporciona una participación en el sacrificio de Jesucristo en la celebración de la misa y la recepción de la Sagrada Comunión. En la parroquia, nuestras familias se unen con la familia entera de Dios.

Somos bendecidos en la Arquidiócesis por la vitalidad de tantas comunidades parroquiales, por la fidelidad de nuestros sacerdotes, el servicio de nuestros diáconos, la contribución de nuestros religiosos, y la participación activa de nuestros laicos. Esta vitalidad no niega la necesidad de examinar nuestras parroquias para asegurar su santidad sino que esta rica historia y vitalidad exigen que seamos proactivos en garantizar que nuestras parroquias tengan lo necesario para llevar a cabo su papel en la misión de Cristo.

Específicamente, debemos examinar nuestras parroquias para ver si las superprioridades de la Arquidiócesis son verdaderamente evidentes en la vida de la comunidad. ¿Qué atención adicional hay que tener para asegurar una digna y ferviente celebración de la Santa Eucaristía? ¿Cómo es de atenta la gente en la necesidad por la conversión continua y la más frecuente recepción del sacramento de la Confesión? ¿Y qué tan diligente es la comunidad parroquial en fomentar y orar por las vocaciones sacerdotales, las cuales en su turno ayudan a crear una cultura de vocación, una atención a la voluntad de Dios en la vida de cada persona?

Si vamos a responder a la llamada a la conversión y la santidad, nuestras parroquias deben ser centros de oración y comunión. La conversión lleva a la unión con Dios y comunión con su Iglesia. De ahí, una parroquia que está enraizada en la conversión experimentará una profunda comunión entre sus feligreses, y con la Arquidiócesis y la Iglesia universal.

Por lo tanto, debemos esforzarnos por asegurar que cada parroquia posea lo necesario para que pueda promover efectivamente la misión de Cristo. Para llevar esto a cabo es preciso que examinemos los demográficos de nuestras parroquias en la luz del número de sacerdotes disponibles para servir nuestras comunidades, en la luz de la migración de nuestra gente, y en la

luz de nuestros recursos financieros para mantener y apoyar nuestras parroquias. Esta evaluación de las parroquias comenzará en enero del año 2011.

Tal examen es en sí mismo un momento de gran esperanza para cada comunidad parroquial. Sirve como una oportunidad de renovar el compromiso del pueblo a las prioridades de nuestra fe católica y nuestra familia arquidiocesana. También llama la atención a los dones de todos en la parroquia y presenta una oportunidad para una colaboración apropiada al estado de vida de cada persona. Para realizar este examen, he anunciado el nombramiento de un coordinador de las Iniciativas de Planificación Arquidiocesana quien trabajará muy de cerca con los obispos auxiliares en coordinar nuestra planificación.

\* \* \*

Al estudiar las necesidades de la Arquidiócesis y al responder a esas necesidades como se exige, tendremos el beneficio de las experiencias de otras diócesis que han emprendido iniciativas semejantes en los años recientes para que podamos aprender de ellos lo que ha sido efectivo y menos efectivo.

En todo eso, insisto en la necesidad de ser atentos a la diversidad cultural progresiva de la Arquidiócesis. Nuestra historia es la de una Iglesia inmigrante que continúa abrazando en bienvenida a los que son nuevos en medio de nosotros. Debemos también recomprometernos en nuestro cuidado por los pobres y los menos afortunados, para que sus necesidades permanezcan en nuestra preocupación y soliciten de nosotros una respuesta de caridad genuina.

Durante toda nuestra historia de 200 años como una diócesis, la Iglesia de Filadelfia ha sido bendecida por innumerables personas que han seguido diariamente la llamada a la conversión y la santidad. Estoy profundamente agradecido a todos los fieles de la Arquidiócesis por su fidelidad a Cristo y su Iglesia. Le animo a cada uno de ustedes a que permanezca abierto a la llamada a la conversión y la santidad en su propia vida, para que la Iglesia misma pueda involucrarse aún más profundamente en el misterio del amor de Cristo. Y para que nuestras iniciativas pastorales puedan ser verdaderamente aumentadas por todos, pido la plena colaboración y participación de todos en los meses que vienen.

En el nombre de Jesús el Buen Pastor, me vuelvo ahora a todos los que por una razón u otra han dejado de asistir a misa, y les invito a regresar a la comunidad de la Iglesia donde serán bien acogidos con alegría y honor.

A ustedes, nuestros fieles laicos, digo: Por su buena disposición de ser involucrados en la vida de la Iglesia, o sea por testimonio activo y servicio, o por oración silenciosa y ofertas sacrificatorias, ustedes son una verdadera señal de esperanza. Ustedes que son casados demuestran providencialmente la fecundidad del amor de Dios por ser abiertos a su voluntad. Ustedes que son solteros se ofrecen generosamente en servicio a otros. Los animo a todos que sean una levadura en nuestro mundo para que la conversión y la santidad que experimentan puedan ser una señal a todos de la misericordia y bondad de Dios.

Por ustedes, nuestros religiosos, hombres y mujeres, doy gracias a Dios omnipotente y reconozco su servicio a la Arquidiócesis, especialmente en nuestras parroquias, en los servicios sociales y en las instituciones educacionales. Los animo que sean la caridad de Cristo y una señal

de su santidad, haciendo fielmente que los carismas que poseen sean aún más evidentes en el servicio a la Iglesia.

Por ustedes, nuestros seminaristas, ofrezco gracias a Dios ya que veo su generosa disposición para seguir a Jesús mientras disciernen una vocación sacerdotal. ¡Qué perseveren, permaneciendo unidos a Cristo y abiertos a su gracia que hace todas las cosas nuevas!

Por ustedes, nuestros diáconos, expreso mi profundo agradecimiento mientras hacen presente a Cristo el Servidor entre nosotros. ¡Qué el servicio desinteresado que manifiestan los renueve diariamente en su dedicación a la Iglesia!

Pasando a considerar a ustedes, mis hermanos sacerdotes, con inmensa gratitud reconozco su fidelidad e infatigable servicio a Cristo y a su pueblo fiel. Personalmente, estoy siempre agradecido por la íntima colaboración y alegre celo que tienen. Les renuevo el desafío de ser santos y de servir como íconos de la misericordia y fidelidad de Cristo.

Unidos con María, nuestra Madre, con san José, su esposo, y con san Juan Neumann y santa Katharina Drexel, nuestros propios santos patronos, le damos alegre alabanza a Dios por sus innumerables bendiciones. Todos juntos, renovamos nuestro compromiso a contestar la llamada de seguir en esperanza a nuestro Señor Jesucristo, mientras nos esforzamos por llevar a cabo nuestra parte en su misión respondiendo generosamente a su llamada a la conversión y la santidad.

Sinceramente en Cristo,

+Justino Cardinal Rigali  
Arzobispo de Filadelfia

El 19 de octubre de 2010  
Memorial de los Mártires Norteamericanos  
San Juan de Brébeuf, San Issac Jogues y sus compañeros